

LA SONRIENTE CALAVERA DE JERRY SALINGER

(TODO ÁNGEL ES TERRIBLE)

Quiero tener una honorable calavera cuando me muera.
J.D. SALINGER

Sin embargo, tampoco la plegaria es una obra, sino un acto.
(La fuerza organizadora del “yo” se sustituye por la fuerza
Organizadora de Dios; la superación del determinismo
Terrenal y la aclaración del nombre escrito en el cielo,
en el libro de la vida, el “recuerdo” del futuro.)
MIJAIL BAJTIN

Todo ángel es terrible.
RAINER MARIA RILKE

1 / VER MÁS VIDRIO

El sábado 8 de diciembre de 1979 le pedí el auto a mi padre para ir a un supermercado malvinense donde insólitamente encontré un ejemplar de “Franny y Zooey” en una gondolita llena de best-sellers y tuve la sensación de que estaba esperándome.

Lo compré enseguida, porque hacía años que no lo releía.

Yo había devorado deslumbradamente la obra completa de J.D. Salinger a fines de los 60, después que el explosivo éxito de “El guardián entre el centeno” transformó a “Jerry” en una especie de Beatle ermitaño que vivía en los bosques de New Hampshire espantando con una escopeta a los paparazzi que lo perseguían como a la mismísima Jacqueline Kennedy Onassis.

Y nunca me olvidé de dos veredictos descerrajados por Juan Carlos Onetti en el último piso del edificio “Montserrat” cuando me permitía pasar a desasnarme compartiendo un vino lija o un whisky escocés, porque los giros que le mandaba su agente literaria desde Barcelona todavía eran muy esporádicos. El primero tenía que ver con una tardía traducción de “Al otro lado del río y entre los árboles” de Hemingway que conseguí en Buenos Aires: “Esa novela es mala pero es hermosa”. Y el segundo se refería al Beatle ermitaño que después de desembarcar en Normandía tuvo que recuperar la cordura internado en un loquero del ejército cuando ya llevaba escritos los primeros capítulos de “El guardián entre el centeno”: “Salinger es maravilloso sobre todo cuando escribe sobre los niños. Pero yo no le veo salida”.

Mi padre lo conocía nada más que a través de mis eufóricos comentarios sobre el ocultamiento del fondo del iceberg que Jerry llegó a realizar en algunos cuentos con más radicalidad que el mismo Hemingway, y al llegar a casa dejé el pollo al spiedo que acababa de comprar en la cocina y fui a su dormitorio a mostrarle “Franny y Zooey”.

-Mirá lo que encontré en el supermercado -le expliqué besándome los dedos: -Una reedición de un díptico dedicado a la familia Glass. En una primera lectura te puede parecer hasta folletinescamente “malo”, pero es maravilloso.

-Bueno, eso ya es mucho -sonrió papi tratando de mantener en alto su habitual beatitud entre un bajísimo plafón familiar, porque el lunes íbamos a retirar las placas que confirmarían si abajo de la neumonía que lo encepaba podía aparecer un tumor. -A mí lo que me encanta es la escena de ese famoso cuento donde hay una nenita que está entrando al agua con un poeta que se llama “Ver más vidrio” o algo así y de golpe le dice que acaba de ver un pezbanana con seis bananas en la boca.

-Claro: “See more glass”. Porque el santo suicida se llama Seymour Glass.

-Y ese “Ver más vidrio” vendría a ser el genio que escribe haikus y volvió destrozado de la guerra, ¿no?

-Pero el principal problema de Seymour no fue ir la guerra sino haber nacido capacitado para ver a Cristo en todos los seres humanos hasta que tuvo que pegarse un tiro porque ya no podía soportar ni las indigestiones de adoración ni que los “cuerdos de atar” lo consideraran un esquizofrénico peligroso. ¿Qué te pasa?

-Nada -se tapó la cara con la sábana. -Ahí llegó tu madre. Por favor, andá a avisarle que ya trajiste el pollo.

Yo me había casado en el 76 y vivía con mi segunda esposa y mi primera hija en una prolongación independiente de la casa paterna, y esa noche me propuse releer de un tirón el díptico que hizo que Jerry incrustara su cabeza precozmente grisácea tanto en la guillotina de sus colegas como en la de los “críticos profesionales” que seguían considerando a “El guardián entre el centeno” como una de las mayores novelas del siglo y a las nouvelles sobre la familia Glass unas decepcionantes mistificaciones vedánticas.

Y al llegar al pasaje en el que la veinteañera Franny que lleva días hundida en un abismo panicoso porque no aguanta los egos del ambiente intelectual neoyorquino le confiesa a su hermano Zooey que la única persona con la que necesita hablar es su hermano mayor muerto en el 48 me fui a llorar al baño totalmente seguro de que a mi padre le quedaban muy pocos días de vida.

Lo enterramos exactamente dos semanas después en el cementerio de La Teja, un sábado que parecía estar inundado por la hermosura cósmica que Jerome David Salinger se dedicó a extraer de la remota Tradición Primordial en los bosques de New Hampshire donde los paparazzi pasaban días escondidos para fotografiarlo cuando sacaba al perro o

se refugiaba uniformado con un overol de fajina en la cabaña-búnker en la que podía encerrarse una semana entera sin preocuparse nada más que por parir el todopoderoso tesoro que los poquísimos videntes capaces de caminar sobre el maremoto apocalíptico del Kali Yuga no confundieron jamás con lo que los aspirantes al Nobel suelen llamar “maestría literaria”.

2 / LA AGONÍA Y EL ÉXTASIS

Yo había leído y releído “Franny y Zooey” antes de viajar a París en el 73, y fue recién viviendo como un músico mendigo y escribiendo completamente aislado de lo que solemos llamar un “ambiente literario” que comprendí que no me alcanzaba con manejar una combinatoria “eficaz” de los grupos simétricos y los arquetipos primordiales para renacer iluminadoramente desde los huesitos minusvalizados por la miseria de amor vallejana. Hasta que después de un aguacero crepuscular y fumando haschich en el mismo hotel donde Verlaine le alquiló una covacha a Rimbaud logré levitar hacia lo altísimo y de golpe sentí que mi plomo endémico se “oraba” ascendiendo hacia otra dimensión que parecía desovar un inconmensurable lomo celeste con el que debía conectarme. Y que sin acoplarme a esa espesura nunca sería capaz de orbitar en un reino suprafísico generado a partir de la implosión de aquel “chispazo” o “clic cósmico”, ya que sólo de esa boda entre un contraluz teocéntrico y una cruz antropocéntrica iba a surgir lo que deberíamos considerar verdadera “poesía”.

Y eso fue lo que le sucedió a J.D. Salinger cuando volvió desguazado de la guerra y logró profesionalizarse y publicar cuentos tan “brillantemente tóxicos” como “Un día perfecto para el pezbanana” (1948) o “El hombre que ríe” (1949) o “Para Esmé, con amor y sordidez” (1951) mientras entraba en la recta final de “El guardián entre el centeno” (1951). Hasta que en 1955 aparece “Franny” en el “New Yorker” y la tan novedosa como escandalosa religiosidad que recién había podido enterearse en el cuento “Teddy” (1953) se instalará para siempre en el “bosque invertido” del creador de niños maravillosos al que Juan Carlos Onetti no le veía salida. Dicho y hecho: a partir de “Hapworth 16, 1924” (revista New Yorker, 1965) Jerry dejará de publicar para siempre, con la excepción de esa última nouvelle reditada en forma de libro en 1997 por una pequeña editorial de poesía que dirigía el profesor Roger Lathbury.

“-No son poetas” le explica transfigurada por una sudorosa palidez Franny a su novio egocéntrico y “descollantemente académico” al poco rato de entrar en un restaurant donde después de tomar un Martini fumando sin parar termina por pedir nada más que un sandwich de pollo y un vaso de leche que ni siquiera llegará a probar antes de desmayarse: “Eso es, en parte, lo terrible. Que no son poetas de verdad. Sólo son gente que escribe poemas que se publican y se incluyen en antologías en todas partes, pero no son poetas. (...) No sé lo que es un verdadero poeta. (...) Yo sólo sé que si sos un poeta hacés algo hermoso. Quiero decir que se supone que dejás algo hermoso cuando lo terminás. Los poetas de los que vos hablás no dejan una sola cosa hermosa. Todo lo que llegan a hacer, como mucho, los que son algo mejores es meterse en tu cabeza y dejar algo en ella. Pero, ¡por el amor de Dios!, sólo por el hecho de hacerlo, sólo porque

saben cómo dejar algo ahí adentro, ese algo no tiene por qué ser un poema. Puede ser sólo una especie de excremento sintáctico, y disculpá la expresión, horrendamente fascinante”.

Y unos momentos después la muchacha se descuida y su novio descubre que lleva en el bolso un librito titulado “El peregrino ruso” y ella se resigna a contarle que es la historia de un campesino muy sencillo que empieza a peregrinar tratando de entender por qué la Biblia pide que recemos sin parar, hasta que conoce a un “starets” y el monje le enseña una plegaria que hay que llegar a sincronizar con los latidos del corazón: “Jesús, Señor, ten piedad de mí”. Entonces se produce una purificación en la forma de pensar y de ver el mundo del que está orando. “Y lo maravilloso” se entusiasma Franny, mientras su novio troza con angurria unas ancas de rana, “es que cuando empezás ni siquiera tenés que tener fe en lo que estás haciendo. (...) En las sectas Nembutsu del budismo la gente repite constantemente Namu Amida Butsu y pasa lo mismo. (...) Y pasa exactamente lo mismo en ‘La nube del no saber’. Pero con la palabra ‘Dios’. Sólo tenés que repetir la palabra ‘Dios’. (...) Y en la India te dicen que medites sobre el ‘Om’, que significa lo mismo”.

“Y a qué llegás con eso” la interrumpe el novio enseguida de pedirle disculpas porque va a oler a ajo: “¿Te enfermás del corazón?”.

“Llegás a ver a Dios”, murmura Franny: “Pasa algo en una parte de tu corazón que no es para nada física (...) donde los hindúes dicen que reside el Atman. Y entonces ves a Dios, eso es todo”.

Y se levanta para ir al baño donde ya se había encerrado a llorar durante cinco minutos cuando llegaron al restaurant aunque esta vez se cae desmayada al pasar frente a la barra.

Dicen que Jerry se inspiró en una crisis que tuvo su segunda esposa para crear este personaje, pero el que no entienda que aquí el ermitaño de Cornish está componiendo un retrato metafórico sobre la endebles de su propia ánima tiene un corazón muy miope.

3 / PERLAS PARA LA JAURÍA

Y es posible que otros exégetas jamás hayan captado que el personaje que oscila entre la agonía y el éxtasis en la nouvelle publicada en el New Yorker se llamaba Frances (Franny) a secas por la simple razón de que el autor de “El guardián entre el centeno” todavía no había consumado ese salto de garrocha que acabó transformándose en el Big Bang del omnívoro universo de la familia Glass, que reclutó protagonistas de cuentos ya éditos como el básico Seymour de “Un día perfecto para el pezbanana” (1948) o el Walter (Walt) de “El tío Wiggily en Connecticut” (1948) o la Beatrice (Boo Boo) de “En el bote” (1949) para emparentarlos con otros “elegidos” y reconvertir su oficio narrativo en un puro “mester profético”.

“Levantad, carpinteros, la viga del tejado” (1955). Fragmentos de una devolución crítica de Seymour a su hermano Buddy, aclarándole algo que pasó el día que se enrolaron juntos en el ejército: 1) “¿Sabés de qué me reía? Habías escrito en el formulario que eras escritor de ‘profesión’. Me pareció el eufemismo más gracioso que haya escuchado nunca. ¿Desde cuándo escribir es tu profesión? Nunca fue otra cosa que ‘tu religión’. Nunca. (...) ¿Sabés lo que van a preguntarte cuando te mueras? Aunque mejor te digo primero lo que no te van a preguntar. No te van a preguntar si estabas trabajando en algo maravilloso o conmovedor. (...) Ni siquiera te van a preguntar si habría sido eso lo que hubieras escrito sabiendo que tenías las horas contadas. (...) Estoy seguro de que te van a hacer dos preguntas: ‘¿Habían aparecido todas tus estrellas? ¿Estabas preocupado por escribir todo lo que tenías en el corazón?’”. 2) “Pienso que este nuevo cuento es el que estabas esperando. Y yo también, en cierto modo. Ya sabés que es sobre todo el ‘orgullo’ lo que me mantiene despierto. Y creo que esa es mi crítica principal. Por tu propio bien, no me hagas sentir orgulloso de vos. (...) Teneme despierto hasta las cinco de la mañana porque aparecieron todas tus estrellas y por ninguna otra cosa más”.

Y aunque el año de la publicación en el New Yorker de “Franny” y “Levantad, carpinteros, la viga del tejado” sea el mismo (1955), la familia Glass recién aparecerá oficialmente “presentada” en el preámbulo de “Zooey” (1957). Y ahora sabemos que este defasaje se produjo porque la nouvelle complementaria de “Franny” no sólo demoró en estar pronta por su extensión y la complejidad bastante truculenta de su trama sino porque el mismísimo Consejo de Redacción del New Yorker la rechazó por su excesiva religiosidad y Jerry tuvo que recurrir a su ínclito amigo del alma William Shawn para que la impusiera en su carácter de Director General.

Fue un caso más o menos parecido a la guerra interna que provocó en el ámbito grupal de los Beatles la atípica y genial “Yesterday”, que sólo contó con la aprobación de George Martin y Paul McCartney y estuvo al borde de ser desechada.

(La peor miopía no la tienen los adoradores desequilibrados que alancean a los molinos de viento sino la barbarie “ilustrada” e inquisidora de todo relumbrar caballeresco gótico, amigo Sancho.)

Lo cierto es que “Franny y Zooey” recién fue editado como libro en 1961 y se vendió muy bien durante un tiempo hasta que el nuevo díptico integrado por “Levantad, carpinteros, la viga del tejado” y “Seymour: Una introducción” (1963) enloqueció del todo a la jauría envidiosa del Beatle de Cornish y empezó a cumplirse la advertencia profética de Buddy Glass en su triste preámbulo: “Ha sido el protagonista masculino, sin embargo, el que con mayor elocuencia me ha rogado que suspenda la producción del film. Cree que el argumento se basa en el misticismo, en una mistificación religiosa, o, en cualquier caso, y esto lo dice muy claramente, en algún tipo de elemento trascendente presentado con excesiva intensidad, y le preocupa que eso pueda adelantar el día y la hora de mi ruina profesional. La gente ya abriga ciertas dudas acerca de mí, y cualquier utilización profesional por mi parte de la palabra ‘Dios’, sin que parezca un sano y familiar juramento americano, será interpretada sin lugar a dudas como una jactancia de la peor especie y una señal segura de que me estoy yendo a pique”.

Y lamentablemente ya no servirá de nada que tres líneas más abajo Buddy Glasss agregue: “En algún lugar de ‘El gran Gatsby’ (...) el joven narrador comenta que todos creemos tener al menos una de las virtudes cardinales, y añade que él cree que la suya es la sinceridad. La mía, creo, es que sé cuál es la diferencia que existe entre un relato místico y un relato de amor, y digo que lo que ofrezco en este caso no es un relato místico o una mistificación religiosa en absoluto. Digo que es un relato de amor compuesto o múltiple, puro y complicado”.

Gracias por las perlas, Jerry.

La jauría está con hambre.

4 / LA SEÑORA GORDA

La madrugada del domingo 9 de diciembre de 1979 devoré el libro que me estaba esperando en la gondolita del supermercado y después que almorzamos en familia sin la menor alegría y mi padre volvió a meterse tosiendo mucho en la cama traje el primer díptico dedicado a la familia Glass para hacer un avergonzadísimo mea culpa:

-Y pensar que antes de ir a París yo me llenaba la boca diciendo que “Franny y Zooey” era malo pero hermoso. Ahora entiendo por qué desde la primera vez que lo leí tuve la sensación de que este libro es como un crucero que te lleva hasta el paraíso.

-Carajo -se le curvó la dulzura marrón de los bigotazos a papi. -Pero no entiendo bien qué tiene que ver París con este cambio de opinión.

-Porque una tarde yo estaba muy fumado en el hotel Stella y sentí que el universo ponía un huevo celeste en la bohardilla y escribí al toque el primer poema verdaderamente hermoso que me salió en la vida. Aunque enseguida me di cuenta que había una palabra que chirriaba y demoré dos o tres meses en encontrarle un sustituto. Fue como si estuviera boxeando contra un palabrerío infinito, a toda hora. Y lo peor es que era consciente de que si dejaba el poema como estaba iba a funcionar igual, aunque sin aquel resplandor que transformó a la chambre del hotel en un lugar “sagrado”. Y aquello se me volvió una cuestión de vida o muerte hasta que una noche íbamos caminando por la rue Cujas con Carlitos y el Cordobés para tocar en el Bateau Ivre y apareció: ORO. Esa era la palabra. Y empecé a repetir mentalmente el poema y fue igual que si le hubiera dado cuerda a un reloj y sentía el CLIC CLIC CLIC CLIC y nunca más pude escribir ninguna otra cosa en mi vida sin tratar de que apareciera ESO. EL RESPLANDOR SAGRADO. ¿Entendés?

-Claro. Vendría a ser algo así como aquella lección a la que Torres García le llamó “Mística de la pintura”. La naturaleza muerta de Pezzino que tenemos en el comedor la pintó al lado mío. Éramos cinco o seis trabajando frente al mismo modelo. Aunque no todo el mundo puede encontrar el CLIC.

Entonces me acordé de que la noche anterior había llorado en el baño con la seguridad de que debajo de la neumonía que encepaba a mi padre había un cáncer de pulmón y tuve necesidad de confesar:

-¿Sabés que a veces pienso en la suerte que tuve de ser hijo tuyo y no de un genio colérico como Salinger o Torres García? Me contó Demian que cuando llegaron de España vivieron un tiempo en la calle Abayubá y el abuelo se agarraba una rabieta a cada rato y se ponía a dar saltos como un macaquito.

-Bueno -se le doró insondablemente la beatitud a mi padre, y no tengo la menor duda de que aquella comparación fue lo más importante que le dije jamás a alguien. -En “Historia de mi vida” el mismo don Joaquín cuenta que eso le pasaba desde que era un chiquilín.

-Pero en el altillo del Paso Molino vos me decías que había que “vivir en lo eterno” y cumpliste. Yo nunca te tuve miedo. En cambio Salinger volvió de la guerra obsesionado en zafar del trastorno de estrés postraumático construyendo a “Ver más vidrio” y en las últimas nouvelles le costó horrores retratarlo equilibradamente, aunque al final pudo inmortalizar al Poeta Santo y “medio loco” que les pedía a los hermanos que se lustraran los zapatos para reverenciar a una invisible Señora Gorda jedionda y cancerosa que escuchaba la radio espantándose las moscas en un porche de mala muerte. Y lo maravilloso era que Seymour Glass tenía una mansedumbre invencible. Igual que la tuya, viejo.

En ese momento entró mi madre a guardar ropa en el placard y preguntó si no nos convenía dormir una siestita.

-¿Pero a qué te referís al decir que no pudo retratarlo equilibradamente? -me hizo una seña resignada papi para que bajara la persiana.

-Bueno, según la piara cristofóbica Jerry no tuvo güevos para seguir guillotinando sarcásticamente a la hipocresía burguesa y se dedicó a revolcarse en historias narcisistas y solipsistas con finales almibarados.

Entonces mi madre me ahorró el trabajo de bajar la persiana sin necesidad de dar ninguna orden y me mandé mudar.

-Escuchá, por favor -obligué a mi jovencísima esposa después que crucé la puerta que nos separaba del infierno en el que se aproximaba la fulminante agonía de mi mejor amigo: -No hay nadie en el mundo que no sea la Señora Gorda de Seymour. ¿Entendiste? ¿Y sabés quién es la Señora Gorda de Seymour Glass a la que tenemos que querer aunque nos crucifiquen? Es Jesucristo, mi amor.

Y como ella todavía amaba a su Príncipe Azul sonrió autoconvenciéndose de que esta no era más que una de mis viarazas pasajeras y apenas hizo una seña en dirección a la cunita para darme a entender que me callara porque nuestra hija recién se había dormido.

5 / CHANCHO LIMPIO NO ENGORDA

Este capítulo 5 de mi atípico ensayito también pudo titularse JUGUEMOS EN EL BOSQUE, lo que estaría aludiendo a una eventual y clásica continuación correspondiente: AHORA QUE EL LOBO NO ESTÁ. Porque Jerry abandonó el infierno terrestre el 27 de enero de 2010 y en setiembre de 2013 fue realizado el rimbombante lanzamiento conjunto de una biografía y un documental titulados SALINGER, de autoría del cineasta Shane Salerno y el escritor David Shields.

Empezaremos por advertirles a los pacientísimos lectores que sean capaces de atravesar el amontonamiento de los cientos de testimonios en gran parte prescindibles recolectados durante mucho tiempo, que en ocasión de celebrarse en España los 70 años de la aparición de “Nueve cuentos” el actor Matthew Salinger ha calificado como vergonzoso este “montaje biográfico” realizado para lucrar tergiversando y manipulando datos a propósito de la “vida secreta” y las obras todavía inéditas de su padre.

“Por fin, quiero darle las gracias a Jerome David Salinger por haber llevado una vida tan extraordinaria, a cuya sincera crónica he dedicado casi una década. Igual que otros millones de personas en todo el mundo, ardo en deseos de leer la obra que Salinger produjo desde 1965 hasta su muerte en 2010” protocolariza astutamente Shane Salerno en la página 727 de su “flechado” mamotreto.

Lástima que en el primer párrafo de la INTRODUCCIÓN el laborioso aspirante a best-seller ya haya envenenado el pastel sentenciando junto con David Shields: “J.D. Salinger se pasó diez años escribiendo ‘El guardián entre el centeno’ y el resto de su vida arrepintiéndose. Antes de que se publicara el libro, era un veterano de la Segunda Guerra Mundial con trastorno de estrés postraumático; acabada la guerra, nunca dejó de buscar la cura espiritual para esas heridas psíquicas. (...) En la vida de Salinger hubo dos puntos de demarcación muy claros: la Segunda Guerra Mundial y su inmersión en la religión vedanta. La Segunda Guerra Mundial destruyó al hombre pero lo convirtió en un gran artista. La religión le proporcionó la paz que necesitaba como hombre pero mató su arte”.

“Levantad, carpinteros, la viga del tejado” (1955). Fragmento del diario de Seymour refiriéndose a su futura suegra: “Una persona desprovista, de por vida, de toda comprensión o gusto por la principal corriente de poesía que fluye en las cosas, en todas las cosas. Podría estar muerta, y sin embargo sigue viviendo, yendo a las tiendas finas, viendo a su psicoanalista, consumiendo una novela por noche, poniéndose la faja, conspirando contra la salud y prosperidad de Muriel. La quiero. La encuentro increíblemente valiente”.

“Hapworth 16, 1924” (1965): “¡Mi Dios, los seres humanos son criaturas valientes! ¡Hasta la criatura más cobarde tiene que ser muy valiente para sobrevivir en este mundo!”.

Claro que para ensuciar la memoria de Jerome David Salinger no se necesitaba tener ni siquiera el coraje mítico de Caperucita Roja, que por lo menos tuvo que pasar unas horas en el estómago del lobo. No olvidemos que Shane Salerno y David Shields se revolcaron hozando en el chiquero intelectual norteamericano impunemente libres, porque ya no había “Beatle veterano del Día D” emboscado en las arboledas de Cornish con una escopeta o amenazando con una denuncia judicial y además está escrito desde que el mundo es mundo que chanco limpio no engorda.

Pero la sabiduría popular también aporta sentencias luminosas como “Dios no quiere cosas chanchas”, y ahora quisiera transcribir la reciente canción titulada “Salinger” que el juglar multimedia uruguayo Guillermo Wood incluyó en su disco “Visiones”.

“Es el guardián / entre el centeno / el viejo oficio / del precipicio / ya no es ajeno / decí cuál es / cuál es el sacrificio.

Quien sea que corra / siempre sos vos / Señora Gorda / del viejo oficio / del precipicio / decí cuál es / cuál es el sacrificio.

Es la oración / que el corazón / muerde callado / el borde oscuro / de acantilado / decí que estás / que estás a nuestro lado.

Quien sea que corra / siempre sos vos / Señora Gorda / del viejo oficio / el precipicio / decí cuál es / cuál es el sacrificio.

Es la oración / que el corazón / muerde callado / el borde oscuro / de acantilado / decí que estás / que estás a nuestro lado.

Quien sea que corra / siempre sos vos / Señora Gorda / del viejo oficio / el precipicio / decí cuál es / cuál es el sacrificio”.

Este texto unifica a Seymour Glass y a Holden Caulfield con TODA LA ÉPICA SALVÍFICA de Jerry, señores Salerno y Shields. Porque la REVELACIÓN es un relámpago del Greco capaz de conjuntar lo apariencial y lo eterno. Pero ustedes son paparazzi literarios desprovistos de por vida de toda comprensión o gusto por la esencial corriente de divinidad que fluye en las cosas, en todas las cosas.

Y ese mal es incurable.

6 / LA PESTE BANANÍFERA

Seymour Glass es presentado por J. D. Salinger en “Un día perfecto para el pezbanana” (1948), el primer texto de “Nueve cuentos” (1953). Y el epígrafe que encabeza la antología es un koan zen: “Conocemos el sonido que producen dos manos al golpearse, ¿pero cuál es el sonido que produce el golpe de una sola mano?”.

De acuerdo a lo afirmado a propósito del relacionamiento de la nouvelle “Franny” (1955) con las subsiguientes obras que integran la saga elaborada en Cornish, resulta evidente que cuando conocemos a este casi deshecho “Ver más vidrio” todavía faltan por lo menos siete años para que la numerosa familia Glass empiece a aparecer en escena. (En el 48 ni siquiera se podía avizorar su existencia.)

Es el día de su suicidio, y este veterano treintón de la Segunda Guerra Mundial casado con una despampanante pituca neoyorquina a la que ha tratado de hacerle leer al que considera el mejor poeta alemán del siglo está en la playa acompañado por una infanta que seguramente todavía asiste al kindergarten. Y cuando entran al agua parece zambullirse de repente en un trance de adoración sobrehumanamente erótico que de ninguna manera se debe confundir con un enamoramiento deseoso. La criaturita panzona que usa un bikini amarillo fluor y todavía habla a media lengua se llama Sybil Carpenter.

(A mí me tocó en 1973 conocer en París a una liceal de quince años que me hizo abandonar de golpe la caverna platónica y ver el Sol eterno. Y mi vida cambió radicalmente porque tuve que amar sin poseer. Y después de 53 años conservamos una inmaculada relación a través de las redes con la que hoy es una reconocida escritora franco-canadiense: Bénédicte Froissart. Aunque nunca nos besamos.)

“Un día perfecto para el pez banana”: “Avanzaron hasta que el agua llegó a la cintura de Sybil. Entonces el hombre la levantó y la puso boca abajo en el flotador. ‘¿Nunca usás gorra de baño?’ preguntó él. ‘No me sueltes’ dijo Sybil. ‘Agarrame, por favor’. ‘Señorita Carpenter. Yo sé lo que estoy haciendo’ dijo él: ‘Y trate de ver si aparece un pezbanana. Hoy es un día perfecto para los pecesbanana. ‘No veo ninguno’ dijo Sybil. ‘Es posible. Tienen costumbres curiosas. Muy curiosas’. Siguió empujando el flotador. El agua le llegaba al pecho. ‘Llevan una vida triste’ dijo él: ‘¿Sabés lo que hacen, Sybil?’. Ella dijo que no con la cabeza. ‘Bueno, voy a explicarte. Entran en un pozo que está lleno de bananas. Cuando entran parecen peces como todos los demás. Pero después se portan como cerdos. Me contaron que hay algunos que llegaron a comerse setentaiocho bananas’ empujó al flotador y a su pasajera treinta centímetros más hacia el horizonte. ‘Claro, después engordan tanto que ya no pueden salir. No pasan por la puerta’. ‘No te metas tan hondo’ dijo Sybil: ‘¿Y después qué les pasa?’. ‘¿A quiénes?’. ‘A los pecesbanana’. ‘¿Vos querés decir qué les pasa si después de comer tanto no pueden salir del pozo?’. ‘Sí’ dijo Sybil. ‘Mirá, Sybil. Lamento decírtelo. Pero se mueren’. ‘¿Por qué?’. ‘Porque se pescan la peste bananífera. Es una enfermedad terrible’. ‘Ahí viene una ola’ dijo Sybil, nerviosa. ‘No le hagas caso. Vamos a matarla con la indiferencia. Como dos vanidosos’. Entonces agarró los tobillos de Sybil y la empujó hacia adelante. El flotador levantó la proa por encima de la ola. El agua empapó la cabeza rubia de Sybil, pero sus gritos eran de puro placer. Y cuando el flotador estuvo nuevamente inmóvil se apartó de los ojos un mechón de pelo pegado y dijo: ‘Acabo de ver uno’. ‘¿Un qué, mi amor?’. ‘Un pezbanana’. ‘No, por Dios. ¿Y tenía alguna banana en la boca?’. ‘Sí’ dijo Sybil: ‘Seis’. Entonces el hombre agarró unos de los pies colgantes de Sybil y le besó la planta. ‘¡Eh!’ dijo dándose vuelta la propietaria del pie. ‘Bueno, no te pongas así. Mejor salimos del agua. ¿Ya te divertiste bastante?’. ‘¡No!’ ‘Lo siento’ dijo el hombre, y empujó el flotador hacia la playa hasta que Sybil

descendió. El resto del camino lo llevó debajo del brazo. ‘Adiós’ dijo Sybil, y salió corriendo hacia el hotel”.

En el lenguaje junguiano se nos advierte que nadie puede apoderarse del resplandor numínico de la “diosa”, porque pertenece al reino suprafísico que sobrevuela la realidad apariencial de este mundo-caverna. Y cuando Sybil se transforma en “vidente” contemplando a un pezbanana indigestado, el propio “Ver más vidrio” no puede soportar el encandilamiento de la epifanía y le besa la planta del pie a la criatura comprendiendo que le llegó la hora de suicidarse.

Es el mismo tipo de “descontrol de corte psicopático” que lo llevó a apedrear una mañana en el Lake el rostro de su amiga Charlotte cuando tenía doce años y ella resplandecía sentada en la mitad de la vereda mientras acariciaba al gato de Boo Boo. (“Levantad, carpinteros, la viga del tejado”).

¿Se podría parecer el jadeo de este gesto al sonido de una mano que penetra con un golpe en la espesura del cielo?

7 / LA INQUISICIÓN BURGUESA

“Seymour: una introducción” (1959): “Mi hermano, dicho sea de paso, tenía la perturbadora costumbre, durante casi toda su vida adulta, de investigar los ceniceros llenos con el dedo índice, apartando todas las colillas hacia los costados -sonriendo entretanto de oreja a oreja- como si esperara ver a Cristo mismo enroscado como un querubín en el medio, y nunca parecía desanimado”.

Siempre me encantó esta descripción que hace Buddy Glass acerca una de las formas más “estrafalarias” de buscar a Dios que tenía su hermano Seymour, pero también me parece ideal para visualizar al propio Jerry Salinger en el trance de entroncarse con los referentes artísticos o filosóficos o historiográficos que lo precedieron. Vale decir: descartando conexiones con trabajos “modernamente” vacíos de una especie de fosforecencia metafísica. Lo que él llama “lo verdaderamente hermoso”.

Jung afirmaba que la “leyenda negra” orquestada por el reformismo anglicano-luterano-calvinista del imperio inglés and Co. contra el legado cultural español estragó y saturó tanto al Occidente que alguien nacido a fines del siglo XIX estaba congénitamente incapacitado para creer en la resurrección de Yeshua de Nazaret, por ejemplo. (A lo que se podría agregar que la Revolución Francesa nos guillotiné la fe en la Conciencia Cósmica del Universo a todos y que si en el siglo XXI nos proponemos religarnos con la Era del Vitral no tenemos más remedio que recoger nuestra testa ensangrentada del canasto utopista y zamparnos dos tragos del Bálsamo de Fierabrás recomendado por Don Quijote para volver a encasquetárnosla. “Y así está el mundo, amigos” sonreía un informativista televisivo con la tibieza de los sabios que no saben nada.)

“Franny y Zooey” (fragmento de una carta enviada por Buddy Glass a su hermano Zooey el 18 de marzo de 1951): “Pero mucho más importante que eso era que Seymour había empezado a creer (y yo estaba de acuerdo con él en la medida en que era capaz de entenderlo) que la educación, cualquiera que fuese, podía exhalar un perfume más fragante, y quizá mucho más fragante, si no comenzaba con la búsqueda del conocimiento, sino con la búsqueda, por decirlo al modo del Zen, del no-conocimiento. (...) Queríamos que ustedes supieran quiénes y qué eran Jesucristo y Gautama, y Lao-Tse, y Shankarachara, y Huineng, y Sri Ramakrishna, etc., etc., antes de que llegaran a saber demasiado, o algo, acerca de Homero, o de Shakespeare, o incluso de Blake o de Whitman (...) o antes de que supieran analizar sintácticamente una frase. Esa era la idea. (...) Además de todo esto, supongo que estoy tratando de decir que sé hasta qué punto recuerdan con rencor los años en los que Seymour y yo les dábamos periódicamente seminarios en casa, y, en especial las sesiones de metafísica”.

Mi padre ingresó en el Taller Torres García en 1950 y en el minúsculo altílo del Paso Molino donde pintaba y hacía cerámica y taracea constructiva me leía a Julio Herrera y Reissig, Federico García Lorca y Nicolás Guillén cuando yo tenía cuatro años. Pero la primera “instrucción sagrada” que yo recuerdo desde antes de tener una memoria totalmente lúcida era la de que había que “vivir en lo eterno”.

Y a los 78 años puedo decir que en este país cuya minusválida pequeñez proviene de una traición que los “negroleystas antihispánicos” amañaron contra el Protector de los Pueblos Libres Pepe Artigas jamás encontré un ámbito proclive a la expansión del concepto mesiánico de la belleza que reinó en la mal llamada Edad Media, único período de la historia en el que los caballeros aspiraban al heroísmo santo y no al empoderamiento burgués.

Al volver de la guerra con la adoración hecha pedazos Jerome David Salinger necesitó purificarse practicando un sincretismo que terminó floreciendo en la saga de la familia Glass, aunque la jauría de los intelectuales la demolió vengándose del insuperable éxito tóxico alcanzado por “El guardián entre el centeno”. Porque para la inquisición del Tío Sam nombrar tanto a Dios era una herejía muy cursi.

“Franny y Zooey”: “En este maldito y fenomenal mundo, tenés suerte si te dan tiempo para estornudar” hizo otra pausa, aun más breve. “Antes me preocupaba eso. Ahora ya no mucho. Por lo menos sigo enamorado de la calavera de Yorick. Por lo menos tengo tiempo suficiente para seguir enamorado de la calavera de Yorick. Quiero tener una calavera honorable cuando me muera. Una calavera honorable como la de Yorick. Y vos también, Franny Glass. Vos también, vos también. Dios mío, ¿de qué sirve hablar? Vos tuviste exactamente la misma condenada y rara formación que yo, y si a esta altura no sabés qué clase de calavera querés tener cuando te mueras, y qué tenés que hacer para ganártela, quiero decir que si a estas alturas no sabés por lo menos que cuando sos actriz tenés que actuar, entonces, ¿de qué sirve hablar?”.

¿Alguien puede tener alguna duda de que la calavera de Jerry nos sigue sonriendo?

“Seymour: una introducción”: “La primera noche, justo la semana pasada, que me sentí sano y fuerte como para seguir escribiendo esta Introducción, me di cuenta de que había perdido no la inspiración sino los recursos necesarios para seguir escribiendo acerca de Seymour. ÉL HABÍA CRECIDO DEMASIADO DURANTE MI AUSENCIA. Casi increíble. El gigante manipulable que era antes de mi enfermedad había pegado un estirón en esas nueve cortas semanas para convertirse en el ser humano más familiar de mi vida, la única persona siempre demasiado grande para acomodarla en el formato del papel común de máquina, en todo caso, del mío. Para decirlo con franqueza, sentí pánico, y lo sentí durante las cinco noches siguientes. Pero creo que no debo pintarlo más negro de lo que es. Porque ocurre que hay una pasmosa luz de esperanza”.

Y ahora que toda la piara investigadora hozó en los recovecos biográficos de la guerra vivida por Jerry tanto contra los “marines culturosos” del Tío Sam como contra su segundo derrumbe matrimonial sabemos que la trabajosísima construcción del retrato de un Seymour que representara al POETA SANTO QUE ES CAPAZ DE ESCRIBIR Y VIVIR INCLAUDICABLEMENTE INSTALADO EN LO ETERNO hizo que Jerry psicosomatizara una hepatitis y tuviera que interrumpir ese trabajo clave que le estaba reclamando con insistencia el New Yorker. Lo que significa que el párrafo transcrito arriba no es ficticio en absoluto y además desemboca en una clarinante profesión de fe que en 1980 yo pasé a máquina y pegué en un modular del living-comedor para que mis alumnos de guitarra no tuvieran más remedio que contemplarlo: “Para los fieles, los pacientes, los herméticamente puros, todas las cosas importantes de este mundo -no la vida y la muerte, quizá, que sólo son palabras, sino las cosas importantes- llegan a realizarse hermosamente”.

Y esto es lo que sucede en la segunda mitad de “Seymour: una introducción”: el milagro de que el alter-ego de Salinger pueda encontrarle una solución de continuidad narrativa a un comienzo divagante y engorroso aportando nuevos textos domésticos de Seymour que prolongan la magia del diario extractado en “Levantad, carpinteros, la vida del tejado”, además de acollarar una pequeña saga de anécdotas imborrables sobre su “hermano” y “soberano”.

Podemos asegurar que aquellos a quienes consideramos “pobres de espíritu” porque no se conforman con menos de Dios y tienen sed de arte sagrado nunca dejarán de releer esta nouvelle exasperantemente contrahecha, porque aquí Jerry obedeció a su propio personaje y al reponerse de la hepatitis sobrevoló la mala leche de la Inquisición yanqui y terminó por hacer aparecer todas sus estrellas.

“La mía es una literatura de bondad. El que no lo ve es un burro” solía bufar Onetti cuando lo acusaban de haber construido un universo morbosamente depresivo.

¿Qué habrán querido decir Shane Salerno y David Shields al afirmar que la Segunda Guerra destruyó al “hombre Salinger” aunque lo convirtió en un “gran artista” y que la religión le proporcionó paz pero “mató” su arte? ¿Que para ser un “gran artista” se

necesita estar destruido y que nombrar a Dios en un texto significa haber accedido a una paz luminosa pero paralizadora de la irradiación mítica?

¿Se puede ser tan burro o tener tanta “bad milk” para no darse cuenta de que TODO LO QUE PUBLICÓ SALINGER ES PRODUCTO DE UNA EXTRAORDINARIA RECONSTRUCCIÓN ALQUÍMICA QUE TERMINÓ POR GUIARLO HACIA UNA ÉPICA DE LA SALVACIÓN Y LA ILUMINACIÓN, como sucedió con Dostoievski?

(En la vida de Dostoievski hubo dos puntos de demarcación muy claros: la prisión en Siberia y su conversión al cristianismo ortodoxo. La prisión en Siberia destruyó su endemoniado anarquismo quijotesco para arrodillarlo irreversiblemente frente a la belleza crística. La adoración le proporcionó un paradigma sufriente pero sobrehumano que lo guió hacia el gran arte.)

“Publicalo todo, incluso las verrugas” le pidió Jerry a su hijo y albacea Matthew Salinger antes de morir, refiriéndose a las miles de páginas que se negó a publicar entre 1965 y 2010, para poder concentrarse sin tener que aguantar los cada vez más purulentos tarascones de la jauría: “Aunque hay más belleza que verrugas”.

Silvio Rodríguez dixit:

“Agradezco la participación de todos / los que colaboraron con esta melodía. / Se debe subrayar la importante tarea / de los perseguidores de cualquier nacimiento. / Si alguien que me escucha se viera retratado / sépase qué se hace con ese destino. / Cualquier reclamación que sea sin memebrete. / Buenas noches amigos y enemigos”.

Cuartel Artiguista de la calle Lepanto / 2026

Si alguien que me escucha se viera retratado,
Sépase que se hace con ese destino.
Cualquier reclamación, que sea sin memebrete.
Buenas noches, amigos y enemigos.

El escritor estadounidense J.D. Salinger, autor de 'El guardián entre el centeno', murió en 2010 con miles de páginas inéditas que serán publicadas cuando su hijo y albacea, Matt Salinger, acabe su trabajo de transcripción, según ha anunciado este miércoles en Madrid.

Fue en 1963 cuando J.D Salinger, nacido en Nueva York en 1919, publicó el último de sus libros, "Levantad, carpinteros, la viga del tejado / Seymour: una introducción", y **desde entonces, hace ahora 60 años, solo volvió a publicar un relato en la revista The New Yorker.**

El llamado **"apagón Salinger"** fue un silencio que se convirtió en una de las leyendas literarias más intrigantes, la del escritor que decidió renunciar a la publicación, a la fama, a las entrevistas y a las apariciones públicas, y recluirse durante el resto de su vida.

Pero nunca dejó de escribir y, al morir, dijo a su hijo "bien claro": **"Públícalo todo, incluso las verrugas, entendiendo por eso lo que era feo. Aunque hay más belleza que verrugas"** en esas páginas, ha explicado Matt Salinger (1960) en un encuentro con periodistas en Madrid.

Matt Salinger, que se ocupa junto con la viuda de su padre de la gestión de su legado literario, visita España por primera vez para realizar una serie de encuentros con lectores de la obra, que se centrarán especialmente en celebrar **los 70 años de la aparición de "Nueve cuentos"** (1953), el primer volumen de relatos publicado por J.D. Salinger, que contiene su pieza corta más célebre, **"Un día perfecto para el pez plátano"**, publicado en español por Alianza Editorial.

Los trabajos de transcripción en los que lleva años se prolongarán durante **un año y medio o dos** más si sigue con el mismo método empleado hasta ahora, ha dicho el hijo de Salinger, que ha explicado no obstante que está buscando herramientas nuevas que le permitan mayor rapidez, aunque ha dicho que es complicado.

"Espero que esté listo antes de que yo muera", ha bromeado el hijo de J.D. Salinger, que **ha criticado la biografía y el documental que se hizo sobre su padre** y que se realizaron con el objetivo de hacer dinero", ha dicho.

Sus autores, ha agregado, no hablaron con las dos únicas personas que conocen la obra inédita del autor de "El guardián entre el centeno", que son él mismo o su viuda. "Y con quien hablara les dio una información incorrecta y se dedicaron a publicarla. Una vergüenza", ha recalcado.

El Salinger que encontrará el lector en sus inéditos es el mismo que el del resto de su obra, ya que era un hombre "que siempre seguía en la línea de búsqueda de valores del arte, la belleza, la amabilidad, con un sentido del humor particular", ha indicado su hijo aunque **ha advertido de que "va a haber sorpresas". "Pero que nadie espere un 'best seller' para tumbarse en la playa"**, ha recalcado.

Ha recordado también cómo influyó en su escritura **su participación en la Segunda guerra Mundial y en la liberación de campos de concentración nazi** y cómo le hizo valorar aún más lo que ya antes ponía en valor, la belleza y el amor y lo efímero de la naturaleza.

Lástima que en el primer párrafo de la INTRODUCCIÓN el laborioso aspirante a best-seller ya haya envenenado el pastel sentenciando junto con David Shields: “J.D. Salinger se pasó diez años escribiendo ‘El guardián entre el centeno’ y el resto de su vida arrepintiéndose. Antes de que se publicara el libro, era un veterano de la Segunda Guerra Mundial con trastorno de estrés postraumático; acabada la guerra, nunca dejó de buscar la cura espiritual para esas heridas psíquicas. (...) En la vida de Salinger hubo dos puntos de demarcación muy claros: la Segunda Guerra Mundial y su inmersión en la religión vedanta. La Segunda Guerra Mundial destruyó al hombre pero lo convirtió en un gran artista. La religión le proporcionó la paz que necesitaba como hombre pero mató su arte”.

En la vida de Salinger hubo dos puntos de demarcación muy claros: la Segunda Guerra Mundial y su inmersión en la religión vedanta. La Segunda Guerra Mundial destruyó al hombre pero lo convirtió en un gran artista. La religión le proporcionó la paz que necesitaba como hombre pero mató su arte.

En la vida de Dostoievski hubo dos puntos de demarcación muy claros: la prisión en Siberia y su conversión al cristianismo ortodoxo. La prisión en Siberia destruyó al endemoniado anarquismo quijotesco para arrodillarlo irreversiblemente frente a la belleza crística. La adoración le proporcionó un paradigma sufriente pero sobrehumano que lo guió hacia el gran arte.

En la vida de Salinger hubo dos puntos de demarcación muy claros: la Segunda Guerra Mundial y su inmersión en la religión vedanta. La Segunda Guerra Mundial destruyó al hombre pero lo convirtió en un gran artista. La religión le proporcionó la paz que necesitaba como hombre pero mató su arte.

testículo

Jung y la resurrección

—¿Cómo, eh? Ahora volvamos. ¿Ya te has divertido bastante?

—¡No!

—Lo siento —dijo, y empujó el flotador hacia la playa hasta que Sybil descendió. El resto del camino lo llevó bajo el brazo.

—Adiós —dijo Sybil, y salió corriendo hacia el hotel.

Avanzaron hasta que el agua llegó a la cintura de Sybil. Entonces el joven la levantó y la puso boca abajo en el flotador.

—¿Nunca usas gorro de baño ni nada de eso? —preguntó él.

—No me sueltes —dijo Sybil—. Sujétame, ¿quieres?

—Señorita Carpenter, por favor. Yo sé lo que estoy haciendo —dijo el joven—. Océpate solo de ver si aparece un pez plátano. Hoy es un día perfecto para los peces plátano.

—No veo ninguno —dijo Sybil.

—Es muy posible. Sus costumbres son muy curiosas. Muy curiosas.

Siguió empujando el flotador. El agua le llegaba al pecho.

—Llevan una vida triste —dijo—. ¿Sabes lo que hacen, Sybil?

Ella negó con la cabeza.

—Bueno, te lo explicaré. Entran en un pozo que está lleno de plátanos. Cuando entran, parecen peces como todos los demás. Pero, una vez dentro, se portan como cerdos, ¿sabes? He oído hablar de peces plátano que han entrado nadando en pozos de plátanos y llegaron a comer setenta y ocho plátanos —empujó al flotador y a su pasajera treinta centímetros más hacia el horizonte—. Claro, después de eso engordan tanto que ya no pueden salir. No pasan por la puerta.

—No vayamos tan lejos —dijo Sybil—. ¿Y qué pasa después con ellos?

—¿Qué pasa con quiénes?

—Con los peces plátano.

—Bueno, ¿te refieres a después de comer tantos plátanos que no pueden salir del pozo?

—Sí —dijo Sybil.

—Mira, lamento decírtelo, Sybil. Se mueren.

—¿Por qué? —preguntó Sybil.

—Contraen fiebre platanífera. Una enfermedad terrible.

—Ahí viene una ola —dijo Sybil nerviosa.

—No le haremos caso. La mataremos con la indiferencia —dijo el joven—, como dos engreídos.

Tomó los tobillos de Sybil con ambas manos y empujó hacia delante. El flotador levantó la proa por encima de la ola. El agua empapó los cabellos rubios de Sybil, pero sus gritos eran de puro placer.

Cuando el flotador estuvo nuevamente inmóvil, se apartó de los ojos un mechón de pelo pegado, húmedo, y comentó:

—Acabo de ver uno.

—¿Un qué, amor mío?

—Un pez plátano.

—¡No, por Dios! —dijo el joven—. ¿Tenía algún plátano en la boca?

—Sí —dijo Sybil—. Seis.

De pronto, el joven tomó uno de los mojados pies de Sybil que colgaban por el borde del flotador y le besó la planta.

—¡Eh! —dijo la propietaria del pie, volviéndose.

Testículo ectópico Valentía Shields agradecimiento el Vedanta y la familia

Matt Salinger, que se ocupa junto con la viuda de su padre de la gestión de su legado literario, visita España por primera vez para realizar una serie de encuentros con lectores de la obra, que se centrarán especialmente en celebrar **los 70 años de la aparición de "Nueve cuentos"** (1953), el primer volumen de relatos publicado por J.D. Salinger, que contiene su pieza corta más célebre, **"Un día perfecto para el pez plátano"**, publicado en español por Alianza Editorial.

Los trabajos de transcripción en los que lleva años se prolongarán durante **un año y medio o dos** más si sigue con el mismo método empleado hasta ahora, ha dicho el hijo de Salinger, que ha explicado no obstante que está buscando herramientas nuevas que le permitan mayor rapidez, aunque ha dicho que es complicado.

"Espero que esté listo antes de que yo muera", ha bromeado el hijo de J.D. Salinger, que **ha criticado la biografía y el documental que se hizo sobre su padre** y que se realizaron con el objetivo de hacer dinero", ha dicho.

Sus autores, ha agregado, no hablaron con las dos únicas personas que conocen la obra inédita del autor de "El guardián entre el centeno", que son él mismo o su viuda. "Y con quien hablara les dio una información incorrecta y se dedicaron a publicarla. Una vergüenza", ha recalcado.

Un día perfecto para el pez plátano

[Cuento - Texto completo.]

J. D. Salinger

En el hotel había noventa y siete agentes de publicidad neoyorquinos. Como monopolizaban las líneas telefónicas de larga distancia, la chica del 507 tuvo que esperar su llamada desde el mediodía hasta las dos y media de la tarde. Pero no perdió el tiempo. En una revista femenina leyó un artículo titulado «El sexo es divertido o infernal». Lavó su peine y su cepillo. Quitó una mancha de la falda de su traje beige. Corrió un poco el botón de la blusa de Saks. Se arrancó los dos pelos que acababan de salirle en el lunar. Cuando, por fin, la operadora la llamó, estaba sentada en el alféizar de la ventana y casi había terminado de pintarse las uñas de la mano izquierda.

No era una chica a la que una llamada telefónica le produjera gran efecto. Se comportaba como si el teléfono hubiera estado sonando constantemente desde que alcanzó la pubertad. Mientras sonaba el teléfono, con el pincelito del esmalte se repasó una uña del dedo meñique, acentuando el borde de la lúnula. Tapó el frasco y, poniéndose de pie, abanicó en el aire su mano pintada, la izquierda. Con la mano seca, tomó del alféizar un cenicero repleto y lo llevó hasta la mesita de noche, donde estaba el teléfono. Se sentó en una de las dos camas gemelas ya hecha y —ya era la cuarta o quinta llamada— levantó el auricular del teléfono.

—Diga—dijo, manteniendo extendidos los dedos de la mano izquierda lejos de la bata de seda blanca, que era lo único que llevaba puesto, junto con las chinelas: los anillos estaban en el cuarto de baño.

—Su llamada a Nueva York, señora Glass—dijo la operadora.

—Gracias—contestó la chica, e hizo sitio en la mesita de noche para el cenicero.

A través del auricular llegó una voz de mujer:

—¿Muriel? ¿Eres tú?

La chica alejó un poco el auricular del oído.

—Sí, mamá. ¿Cómo estás?—dijo.

—He estado preocupadísima por ti. ¿Por qué no has llamado? ¿Estás bien?

—Traté de telefonar anoche y anteanoche. Los teléfonos aquí han...

—¿Estás bien, Muriel?

La chica separó un poco más el auricular de su oreja.

—Estoy perfectamente. Hace mucho calor. Este es el día más caluroso que ha habido en Florida desde...

—¿Por qué no has llamado antes? He estado tan preocupada...

—Mamá, querida, no me grites. Te oigo perfectamente —dijo la chica—. Anoche te llamé dos veces. Una vez justo después...

—Le dije a tu padre que seguramente llamarías anoche. Pero no, él tenía que... ¿estás bien, Muriel? Dime la verdad.

—Estoy perfectamente. Por favor, no me preguntes siempre lo mismo.

—¿Cuándo llegaron?

—No sé... el miércoles, de madrugada.

—¿Quién condujo?

—Él—dijo la chica—. Y no te asustes. Condujo bien. Yo misma estaba asombrada.

—¿Condujo él? Muriel, me diste tu palabra de que...

—Mamá—interrumpió la chica—, acabo de decírtelo. Condujo perfectamente. No pasamos de ochenta en todo el trayecto, esa es la verdad.

—¿No trató de hacer el tonto otra vez con los árboles?

—Vuelvo a repetirte que condujo muy bien, mamá. Vamos, por favor. Le pedí que se mantuviera cerca de la línea blanca del centro, y todo lo demás, y entendió perfectamente, y lo hizo. Hasta se esforzaba por no mirar los árboles... se notaba. Por cierto, ¿papá ha hecho arreglar el carro?

—Todavía no. Es que piden cuatrocientos dólares, solo para...

—Mamá, Seymour le dijo a papá que pagaría él. Así que no hay motivo para...

—Bueno, ya veremos. ¿Cómo se portó? Digo, en el auto y demás...

—Muy bien—dijo la chica.

—¿Sigue llamándote con ese horroroso...?

—No. Ahora tiene uno nuevo.

—¿Cuál?

—Mamá... ¿qué importancia tiene?

—Muriel, insisto en saberlo. Tu padre...

—Está bien, está bien. Me llama Miss Buscona Espiritual 1948 —dijo la chica, con una risita.

—No tiene nada de gracioso, Muriel. Nada de gracioso. Es horrible. Realmente, es triste. Cuando pienso cómo...

—Mamá—interrumpió la chica—, escúchame. ¿Te acuerdas de aquel libro que me mandó de Alemania? Unos poemas en alemán. ¿Qué hice con él? Me he estado rompiendo la cabeza...

—Lo tienes tú.

—¿Estás segura?—dijo la chica.

—Por supuesto. Es decir, lo tengo yo. Está en el cuarto de Freddy. Lo dejaste aquí y no había sitio en la... ¿Por qué? ¿Te lo ha pedido él?

—No. Simplemente me preguntó por él, cuando veníamos en el carro. Me preguntó si lo había leído.

—¡Pero está en alemán!

—Sí, mamita. Ese detalle no tiene importancia —dijo la chica, cruzando las piernas—. Dijo que casualmente los poemas habían sido escritos por el único gran poeta de este siglo. Me dijo que debería haber comprado una traducción o algo así. O aprendido el idioma... nada menos...

—Espantoso. Espantoso. Es realmente triste... Ya decía tu padre anoche...

—Un segundo, mamá —dijo la chica. Se acercó hasta el alféizar en busca de cigarrillos, encendió uno y volvió a sentarse en la cama—. ¿Mamá? —dijo, echando una bocanada de humo.

—Muriel, mira, escúchame.

—Te estoy escuchando.

—Tu padre habló con el doctor Sivetski.

—¿Sí? —dijo la chica.

—Le contó todo. Por lo menos, eso me dijo, ya sabes cómo es tu padre. Los árboles. Ese asunto de la ventana. Las cosas horribles que le dijo a la abuela acerca de sus proyectos sobre la muerte. Lo que hizo con esas fotos tan bonitas de las Bermudas... ¡Todo!

—¿Y...? —dijo la chica.

—En primer lugar, dijo que era un verdadero crimen que el ejército lo hubiera dado de alta del hospital. Palabra. En definitiva, dijo a tu padre que hay una posibilidad, una posibilidad muy grande, dijo, de que Seymour pierda por completo la razón. Te lo juro.

—Aquí, en el hotel, hay un siquiatra —dijo la chica.

—¿Quién? ¿Cómo se llama?

—No sé. Rieser o algo así. Dicen que es un siquiatra muy bueno.

—Nunca lo he oído nombrar.

—De todos modos, dicen que es muy bueno.

—Muriel, por favor, no seas inconsciente. Estamos muy preocupados por ti. Lo cierto es que... anoche tu padre estuvo a punto de enviarte un telegrama para que volvieras inmediatamente a casa...

—Por ahora no pienso volver, mamá. Así que tómalo con calma.

—Muriel, te doy mi palabra. El doctor Sivetski ha dicho que Seymour podía perder por completo la...

—Mamá, acabo de llegar. Hace años que no me tomo vacaciones, y no pienso meter todo en la maleta y volver a casa porque sí —dijo la chica—. Por otra parte, ahora no podría viajar. Estoy tan quemada por el sol que ni me puedo mover.

—¿Te has quemado mucho? ¿No has usado ese bronceador que te puse en la maleta? Está...

—Lo usé. Pero me quemé lo mismo.

—¡Qué horror! ¿Dónde te has quemado?

—Me he quemado toda, mamá, toda.

—¡Qué horror!

—No me voy a morir.

—Dime, ¿has hablado con ese siquiatra?

—Bueno... sí... más o menos... —dijo la chica.

—¿Qué dijo? ¿Dónde estaba Seymour cuando le hablaste?

—En la Sala Océano, tocando el piano. Ha tocado el piano las dos noches que hemos pasado aquí.

—Bueno, ¿qué dijo?

—¡Oh, no mucho! ¡Él fue el primero en hablar! Yo estaba sentada anoche a su lado, jugando al bingo, y me preguntó si el que tocaba el piano en la otra sala era mi marido. Le dije que sí, y me preguntó si Seymour había estado enfermo o algo por el estilo. Entonces yo le dije...

—¿Por que te hizo esa pregunta?

—No sé, mamá. Tal vez porque lo vio tan pálido, y yo qué sé —dijo la chica—. La cuestión es que, después de jugar al bingo, él y su mujer me invitaron a tomar una copa. Y yo acepté. La mujer es espantosa. ¿Te acuerdas de aquel vestido de noche tan horrible que vimos en el escaparate de Bonwit? Aquel vestido que tú dijiste que para llevarlo había que tener un pequeño, pequeñísimo...

—¿El verde?

—Lo llevaba puesto. ¡Con unas cadenas...! Se pasó el rato preguntándome si Seymour era pariente de esa Suzanne Glass que tiene una tienda en la avenida Madison... la mercería...

—Pero ¿qué dijo él? El médico.

—Ah, sí... Bueno... en realidad, no dijo mucho. Sabes, estábamos en el bar. Había mucho barullo.

—Sí, pero... ¿le... le dijiste lo que trató de hacer con el sillón de la abuela?

—No, mamá. No entré en detalles —dijo la chica—. Seguramente podré hablar con él de nuevo. Se pasa todo el día en el bar.

—¿No dijo si había alguna posibilidad de que pudiera ponerse... ya sabes, raro, o algo así? ¿De que pudiera hacerte algo?

—En realidad, no —dijo la chica—. Necesita conocer más detalles, mamá. Tienen que saber todo sobre la infancia de uno... todas esas cosas. Ya te digo, había tanto ruido que apenas podíamos hablar.

—En fin. ¿Y tu abrigo azul?

—Bien. Le subí un poco las hombreras.

—¿Cómo es la ropa este año?

—Terrible. Pero preciosa. Con lentejuelas por todos lados.

—¿Y tu habitación?

—Está bien. Pero nada más que eso. No pudimos conseguir la habitación que nos daban antes de la guerra —dijo la chica—. Este año la gente es espantosa. Tendrías que ver a los que se sientan al lado nuestro en el comedor. Parece que hubieran venido en un camión.

—Bueno, en todas partes es igual. ¿Y tu vestido de baile?

—Demasiado largo. Te dije que era demasiado largo.

—Muriel, te lo voy a preguntar una vez más... ¿En serio, va todo bien?

—Sí, mamá —dijo la chica—. Por enésima vez.

—¿Y no quieres volver a casa?

—No, mamá.

—Tu padre dijo anoche que estaría encantado de pagarte el viaje si quisieras irte sola a algún lado y pensarlo bien. Podrías hacer un hermoso crucero. Los dos pensamos...

—No, gracias —dijo la chica, y descruzó las piernas—. Mamá, esta llamada va a costar una for...

—Cuando pienso cómo estuviste esperando a ese muchacho durante toda la guerra... quiero decir, cuando una piensa en esas esposas alocadas que...

—Mamá —dijo la chica—. Colguemos. Seymour puede llegar en cualquier momento.

—¿Dónde está?

—En la playa.

—¿En la playa? ¿Solo? ¿Se porta bien en la playa?

—Mamá —dijo la chica—. Hablas de él como si fuera un loco furioso.

—No he dicho nada de eso, Muriel.

—Bueno, esa es la impresión que das. Mira, todo lo que hace es estar tendido en la arena. Ni siquiera se quita la bata.

—¿Que no se quita la bata? ¿Por qué no?

—No lo sé. Tal vez porque tiene la piel tan blanca.

—Dios mío, necesita tomar sol. ¿Por qué no lo obligas?

—Lo conoces muy bien —dijo la chica, y volvió a cruzar las piernas—. Dice que no quiere tener un montón de imbéciles alrededor mirándole el tatuaje.

—¡Si no tiene ningún tatuaje! ¿O acaso se hizo tatuar cuando estaba en la guerra?

—No, mamá. No, querida —dijo la chica, y se puso de pie—. Escúchame, a lo mejor te llamo otra vez mañana.

—Muriel, hazme caso.

—Sí, mamá —dijo la chica, cargando su peso sobre la pierna derecha.

—Llámame en cuanto haga, o diga, algo raro... ya me entiendes. ¿Me oyes?

—Mamá, no le tengo miedo a Seymour.

—Muriel, quiero que me lo prometas.

—Bueno, te lo prometo. Adiós, mamá —dijo la chica—. Besos a papá —y colgó.

*

—Ver más vidrio—dijo Sybil Carpenter, que estaba alojada en el hotel con su madre—. ¿Has visto más vidrio?

—Cariño, por favor, no sigas repitiendo eso. Vas a volver loca a mamaíta. Estate quieta, por favor.

La señora Carpenter untaba la espalda de Sybil con bronceador, repartiéndolo sobre sus omóplatos, delicados como alas. Sybil estaba precariamente sentada sobre una enorme y tensa pelota de playa, mirando el océano. Llevaba un traje de baño de color amarillo canario, de dos piezas, una de las cuales en realidad no necesitaría hasta dentro de nueve o diez años.

—No era más que un simple pañuelo de seda... una podía darse cuenta cuando se acercaba a mirarlo —dijo la mujer sentada en la hamaca contigua a la de la señora Carpenter—. Ojalá supiera cómo lo anudó. Era una preciosidad.

—Por lo que dice, debía de ser precioso —asintió la señora Carpenter.

—Estate quieta, Sybil, cariño...

—¿Viste más vidrio? —dijo Sybil.

La señora Carpenter suspiró.

—Muy bien —dijo. Tapó el frasco de bronceador—. Ahora vete a jugar, cariño. Mamaíta va a ir al hotel a tomar un martini con la señora Hubbel. Te traeré la aceituna.

Cuando estuvo libre, Sybil echó a correr inmediatamente por el borde firme de la playa hacia el Pabellón de los Pescadores. Se detuvo únicamente para hundir un pie en un castillo de arena inundado y derruido, y en seguida dejó atrás la zona reservada a los clientes del hotel.

Caminó cerca de medio kilómetro y de pronto echó a correr oblicuamente, alejándose del agua hacia la arena blanda. Se detuvo al llegar junto a un hombre joven que estaba echado de espaldas.

—¿Vas a ir al agua, ver más vidrio?—dijo.

El joven se sobresaltó, llevándose instintivamente la mano derecha a las solapas de la bata. Se volvió boca abajo, dejando caer una toalla enrollada como una salchicha que tenía sobre los ojos, y miró de reojo a Sybil.

—¡Ah!, hola, Sybil.

—¿Vas a ir al agua?

—Te esperaba —dijo el joven—. ¿Qué hay de nuevo?

—¿Qué? —dijo Sybil.

—¿Qué hay de nuevo? ¿Qué programa tenemos?

—Mi papá llega mañana en un avión —dijo Sybil, tirándole arena con el pie.

—No me tires arena a la cara, niña —dijo el joven, cogiendo con una mano el tobillo de Sybil—. Bueno, ya era hora de que tu papi llegara. Lo he estado esperando horas. Horas.

—¿Dónde está la señora? —dijo Sybil.

—¿La señora? —el joven hizo un movimiento, sacudiéndose la arena del pelo ralo—. Es difícil saberlo, Sybil. Puede estar en miles de lugares. En la peluquería. Tiñiéndose el pelo de color visón. O en su habitación, haciendo muñecos para los niños pobres.

Se puso boca abajo, cerró los dos puños, apoyó uno encima del otro y acomodó el mentón sobre el de arriba.

—Pregúntame algo más, Sybil —dijo—. Llevas un bañador muy bonito. Si hay algo que me gusta, es un bañador azul.

Sybil lo miró asombrada y después contempló su prominente barriga.

—Es amarillo —dijo—. Es amarillo.

—¿En serio? Acércate un poco más.

Sybil dio un paso adelante.

—Tienes toda la razón del mundo. Qué tonto soy.

—¿Vas a ir al agua? —dijo Sybil.

—Lo estoy considerando seriamente, Sybil. Lo estoy pensando muy en serio.

Sybil hundió los dedos en el flotador de goma que el joven usaba a veces como almohadón.

—Necesita aire —dijo.

—Es verdad. Necesita más aire del que estoy dispuesto a admitir —retiró los puños y dejó que el mentón descansara en la arena—. Sybil —dijo—, estás muy guapa. Da gusto verte. Cuéntame algo de ti —estiró los brazos hacia delante y tomó en sus manos los dos tobillos de Sybil—. Yo soy capricornio. ¿Cuál es tu signo?

—Sharon Lipschutz dijo que la dejaste sentarse a tu lado en el taburete del piano —dijo Sybil.

—¿Sharon Lipschutz dijo eso?

Sybil asintió enérgicamente. Le soltó los tobillos, encogió los brazos y apoyó la mejilla en el antebrazo derecho.

—Bueno —dijo—. Tú sabes cómo son estas cosas, Sybil. Yo estaba sentado ahí, tocando. Y tú te habías perdido de vista totalmente y vino Sharon Lipschutz y se sentó a mi lado. No podía echarla de un empujón, ¿no es cierto?

—Sí que podías.

—Ah, no. No era posible. Pero ¿sabes lo que hice?

—¿Qué?

—Me imaginé que eras tú.

Sybil se agachó y empezó a cavar en la arena.

—Vayamos al agua —dijo.

—Bueno —replicó el joven—. Creo que puedo hacerlo.

—La próxima vez, échala de un empujón —dijo Sybil.

—¿Que eche a quién?

—A Sharon Lipschutz.

—Ah, Sharon Lipschutz —dijo él—. ¡Siempre ese nombre! Mezcla de recuerdos y deseos —de repente se puso de pie y miró el mar—. Sybil —dijo—, ya sé lo que podemos hacer. Intentaremos pescar un pez plátano.

—¿Un qué?

—Un pez plátano—dijo, y desanudó el cinturón de su bata.

Se la quitó. Tenía los hombros blancos y estrechos. El traje de baño era azul eléctrico. Plegó la bata, primero a lo largo y después en tres dobleces. Desenrolló la toalla que se había puesto sobre los ojos, la tendió sobre la arena y puso encima la bata plegada. Se agachó, recogió el flotador y se lo puso bajo el brazo derecho. Luego, con la mano izquierda, tomó la de Sybil.

Los dos echaron a andar hacia el mar.

—Me imagino que ya habrás visto unos cuantos peces plátano —dijo el joven.

Sybil negó con la cabeza.

—¿En serio que no? Pero, ¿dónde vives, entonces?

—No sé —dijo Sybil.

—Claro que lo sabes. Tienes que saberlo. Sharon Lipschutz sabe dónde vive, y solo tiene tres años y medio.

Sybil se detuvo y de un tirón soltó su mano de la de él. Recogió una concha y la observó con estudiado interés. Luego la tiró.

—Whirly Wood, Connecticut —dijo, y echó nuevamente a andar, sacando la barriga.

—Whirly Wood, Connecticut —dijo el joven—. ¿Eso, por casualidad, no está cerca de Whirly Wood, Connecticut?

Sybil lo miró:

—Ahí es donde vivo —dijo con impaciencia—. Vivo en Whirly Wood, Connecticut.

Se adelantó unos pasos, se cogió el pie izquierdo con la mano izquierda y dio dos o tres saltos.

—No puedes imaginarte cómo lo aclara todo eso —dijo él.

Sybil soltó el pie:

—¿Has leído *El negrito Sambo*? —dijo.

—Es gracioso que me preguntes eso —dijo él—. Da la casualidad que acabé de leerlo anoche —se inclinó y volvió a tomar la mano de Sybil—. ¿Qué te pareció?

—¿Te acuerdas de los tigres que corrían todos alrededor de ese árbol?

—Creí que nunca iban a parar. Jamás vi tantos tigres.

—No eran más que seis —dijo Sybil.

—¡Nada más que seis! —dijo el joven—. ¿Y dices «nada más»?

—¿Te gusta la cera? —preguntó Sybil.

—¿Si me gusta qué?

—La cera.

—Mucho. ¿A ti no?

Sybil asintió con la cabeza:

—¿Te gustan las aceitunas? —preguntó.

—¿Las aceitunas?... Sí. Las aceitunas y la cera. Nunca voy a ningún lado sin ellas.

—¿Te gusta Sharon Lipschutz? —preguntó Sybil.

—Sí. Sí me gusta. Lo que más me gusta de ella es que nunca hace cosas feas a los perritos en la sala del hotel. Por ejemplo, a ese *bulldog* enano de la señora canadiense. Te resultará difícil creerlo, pero hay algunas niñas que se divierten mucho pinchándolo con los palitos de los globos. Pero Sharon, jamás. Nunca es mala ni grosera. Por eso la quiero tanto.

Sybil no dijo nada.

—Me gusta masticar velas —dijo ella por último.

—Ah, ¿y a quién no? —dijo el joven mojándose los pies—. ¡Diablos, qué fría está! —dejó caer el flotador en el agua—. No, espera un segundo, Sybil. Espera a que estemos un poquito más adentro.

Avanzaron hasta que el agua llegó a la cintura de Sybil. Entonces el joven la levantó y la puso boca abajo en el flotador.

—¿Nunca usas gorro de baño ni nada de eso? —preguntó él.

—No me sueltes —dijo Sybil—. Sujétame, ¿quieres?

—Señorita Carpenter, por favor. Yo sé lo que estoy haciendo —dijo el joven—. Ocupate solo de ver si aparece un pez plátano. Hoy es un día perfecto para los peces plátano.

—No veo ninguno —dijo Sybil.

—Es muy posible. Sus costumbres son muy curiosas. Muy curiosas.

Siguió empujando el flotador. El agua le llegaba al pecho.

—Llevan una vida triste —dijo—. ¿Sabes lo que hacen, Sybil?

Ella negó con la cabeza.

—Bueno, te lo explicaré. Entran en un pozo que está lleno de plátanos. Cuando entran, parecen peces como todos los demás. Pero, una vez dentro, se portan como cerdos, ¿sabes? He oído hablar de peces plátano que han entrado nadando en pozos de plátanos y llegaron a comer setenta y ocho plátanos —empujó al flotador y a su pasajera treinta centímetros más hacia el horizonte—. Claro, después de eso engordan tanto que ya no pueden salir. No pasan por la puerta.

—No vayamos tan lejos —dijo Sybil—. ¿Y qué pasa después con ellos?

—¿Qué pasa con quiénes?

—Con los peces plátano.

—Bueno, ¿te refieres a después de comer tantos plátanos que no pueden salir del pozo?

—Sí —dijo Sybil.

—Mira, lamento decírtelo, Sybil. Se mueren.

—¿Por qué? —preguntó Sybil.

—Contraen fiebre platanífera. Una enfermedad terrible.

—Ahí viene una ola —dijo Sybil nerviosa.

—No le haremos caso. La mataremos con la indiferencia —dijo el joven—, como dos engreídos.

Tomó los tobillos de Sybil con ambas manos y empujó hacia delante. El flotador levantó la proa por encima de la ola. El agua empapó los cabellos rubios de Sybil, pero sus gritos eran de puro placer.

Cuando el flotador estuvo nuevamente inmóvil, se apartó de los ojos un mechón de pelo pegado, húmedo, y comentó:

—Acabo de ver uno.

—¿Un qué, amor mío?

—Un pez plátano.

—¡No, por Dios! —dijo el joven—. ¿Tenía algún plátano en la boca?

—Sí —dijo Sybil—. Seis.

De pronto, el joven tomó uno de los mojados pies de Sybil que colgaban por el borde del flotador y le besó la planta.

—¡Eh! —dijo la propietaria del pie, volviéndose.

—¿Cómo, eh? Ahora volvamos. ¿Ya te has divertido bastante?

—¡No!

—Lo siento —dijo, y empujó el flotador hacia la playa hasta que Sybil descendió. El resto del camino lo llevó bajo el brazo.

—Adiós —dijo Sybil, y salió corriendo hacia el hotel.

El joven se puso la bata, cruzó bien las solapas y metió la toalla en el bolsillo. Recogió el flotador mojado y resbaladizo y se lo acomodó bajo el brazo. Caminó solo, trabajosamente, por la arena caliente, blanda, hasta el hotel.

En el primer nivel de la planta baja del hotel —que los bañistas debían usar según instrucciones de la gerencia— entró con él en el ascensor una mujer con la nariz cubierta de pomada.

—Veo que me está mirando los pies —dijo él, cuando el ascensor se puso en marcha.

—¿Cómo dice? —dijo la mujer.

—Dije que veo que me está mirando los pies.

—Perdone, pero casualmente estaba mirando el suelo —dijo la mujer, y se volvió hacia las puertas del ascensor.

—Si quiere mirarme los pies, dígalos —dijo el joven—. Pero, maldita sea, no trate de hacerlo con tanto disimulo.

—Déjeme salir, por favor —dijo rápidamente la mujer a la ascensorista.

Cuando se abrieron las puertas, la mujer salió sin mirar hacia atrás.

—Tengo los pies completamente normales y no veo por qué demonios tienen que mirármelos —dijo el joven—. Quinto piso, por favor.

Sacó la llave de la habitación del bolsillo de su bata.

Bajó en el quinto piso, caminó por el pasillo y abrió la puerta del 507. La habitación olía a maletas nuevas de piel de ternera y a quitaesmalte de uñas.

Echó una ojeada a la chica que dormía en una de las camas gemelas. Después fue hasta una de las maletas, la abrió y extrajo una automática de debajo de un montón de calzoncillos y camisetas, una Ortgies calibre 7.65. Sacó el cargador, lo examinó y volvió a colocarlo. Quitó el seguro. Después se sentó en la cama desocupada, miró a la chica, apuntó con la pistola y se disparó un tiro en la sien derecha.

RÍO ETERNO

El hiriente flujo brota
reflejando aguadas cruces:
se nos escapan las luces
y destella una gaviota

en una mirada rota.
Una lucha de sonidos
ondeados y carcomidos
iza su amor en la tierra
como un puente que me aterra.
Aunque salva mis latidos.